BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

LA PASION DE N. S. JESUCRISTO

El infinito amor de Jesús

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

ISBN: 84-7693-179-4
D.L.: 35.119-91
Impreso y encuadernado en:
Binicros S.L.
Avda. Catalunya, 130 Tlf. 562.22.02
PARETS DEL VALLES (B)

PROLOGO

Hay una semana en el año que se distingue de todas las demás, es la llamada «Semana Santa», la semana de los grandes misterios, y en ella la Iglesia celebra la Pasión, la Muerte y la Resurrección de Jesucristo.

Esta semana comienza con el domingo de Ramos, en cuyo día, después de veinte siglos, en nuestras ciudades y pueblos recordamos la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén, y en él, los niños de ahora como los de entonces, en las procesiones que se organizan, dicen también: *¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!* (Mt. 21,9).

Aquellas gentes confesaban que Jesucristo era un ser divino. Los únicos que no participaban de las aclamaciones eran algunos de los fariseos, que se atrevieron a dirigirse a El y decirle: *¡Maestro! reprende a tus discípulos* (Lc. 19,40), y entonces con terrible majestad, nuestro Señor los reprendió: *«Os digo que si éstos*

callasen, las piedras darían gritos de bendición y de triunfo».

La entrada fue triunfal, pero Jesús que «sabía lo que había en el corazón de cada hombre», conocía muy bien que los «hosannas», se convertirían en «crucifícale»... El ya lo tenía profetizado a sus apóstoles: *«Ved que subimos a Jerusalén, y se cumplirá en el Hijo del hombre todo lo que está escrito por los profetas: será entregado a los gentiles, escarnecido, injuriado y escupido; le azotarán, le matarán y al tercer día resucitará»* (Lc. 18,31-33).

Jesús, en aquella ocasión, al descender del monte de los Olivos, tendió su vista a la ciudad de Jerusalén, y sus ojos se arrasaron en lágrimas, no a causa de la cruz que le aguardaba, sino debido a los males que amenazaban a aquellos que había venido a salvar y que no querían saber nada de El. Al contemplar la ciudad

«Lloró por ella, y dijo: ¡Oh, si tu conocieras en el día de hoy lo que había de darte la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos...» (Lc. 19,41-42).

Entonces vio con exactitud histórica como se abatían sobre la ciudad los ejércitos romanos al mando de Tito... *«Cuántas veces,* diría, *quise reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos bajo las alas y no quisiste!»* (Mt. 23,37).

Los enemigos de Jesús, al negarle, llevaban a la ruina su propia ciudad y su propia nación. Tal era el mensaje de sus lágrimas, las lágrimas del rey que caminaba hacia la cruz.

Ahora notaré solamente lo que hizo Jesús en la noche en que iba a ser entregado a su pasión, o sea, el hecho de la institución del augusto sacramento de nuestros altares y en el mismo instante en que se conspiraba contra El.

Jesús está viendo la traición y el beso de Judas, la fuga de los discípulos, su agonía, los azotes y escarnios, la corona de espinas, la cruz..., y elige aquel momento para dejar a su Iglesia el admirable monumento de su amor.

Entonces, en la última Cena, cumplió su promesa de dar de comer a sus discípulos el pan de Vida, que sería su mismo cuerpo: *«Tomad y comed: Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros»*.

A continuación vino el divino mandato de continuar la conmemoración de su muerte: *«Haced esto en memoria mia»* (Lc. 22,19). Repetid, actualizad, prolongar a través de los siglos el sacrificio ofrecido por los pecados del mundo. De este modo se cumplirían las palabras del profeta Malaquías:

Porque desde que nace el sol hasta que se pone, mi nombre es grande entre las naciones, y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacri-

ficio, una oblación pura; porque grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos (Mal. 1,11).

La institución de este sacramento nos habla del infinito amor de un Dios a los hombres.

Como en otros libros, que he escrito, hablo ya de la promesa y de la institución a la eucaristía, por eso me he limitado a recordar este hecho transcendental, y ahora pasaremos a ir meditando los divinos pasos de la pasión de N. S. Jesucristo.

BENJAMIN MARTIN SANCHEZ

Zamora, 31 marzo 1991

COMIENZO DE LA PASION DE N. S. JESUCRISTO

1º Jesucristo sufre como Dios

«Pasión de nuestro Señor Jesucristo según San Juan». Así empezó Fray Luis de Granada un sermón de la Pasión, y fue tal la emoción y el dolor vivísimo que sintió al pronunciar estas palabras que prorrumpió a llorar y sollozar y tuvo que bajarse del púlpito. ¡Ojalá que todos fuéramos llenos de fervor y sentimientos parecidos por amor al Señor al meditar su pasión!

Para meditar en la pasión del Señor, nos interesa saber primeramente quién es Jesucristo, quién es el que se deja prender en el Huerto de Getsemaní o de los Olivos, el que se deja llevar de tribunal en tribunal para ser juzgado, el que se deja escupir y azotar y crucificar..., para que estas humillaciones tan excesivas de Jesucristo no nos sirvan de escándalo, dejándonos una idea de bajeza, de debilidad e impotencia, como si fuera un hombre impotente, y por lo mismo tenemos que avivar nuestra fe en su divinidad.

Jesucristo es Dios y es hombre a la vez, como hombre pudo sufrir, y como Dios darle a sus sufrimientos un valor infinito de redención.

Jesucristo, pues, no es un simple hombre, sino que El es Dios, es la sabiduría y la omnipotencia infinita, y si se deja prender y escupir y azotar y crucificar es porque El quiere así sufrir y ofrecerse y voluntariamente a la muerte, *«quia Ipse voluit»,* como dice el profeta Isaías, porque El quiso así entregarse por amor a nosotros.

De hecho la pasión del Señor es la gran prueba del amor que Dios nos tiene: *«En esto,* dice San Juan, *hemos conocido el amor de Dios, en que dio su vida por nosotros»* (1 Jn. 3,16), y el mismo Jesucristo dice: *«Nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos»* (Jn. 15,13).

En la pasión de Jesucristo todo nos demuestra que El es Dios. ¿Quién es el que sabe el porvenir de las cosas? ¿Qué sucederá dentro de un año? Es más, ¿quién dirá lo que habrá ocurrido mañana a estas horas? Todos nos encojemos de hombro, y decimos: Dios lo sabe.

Ahora bien, Jesucristo anunció con detalles siglos antes su pasión por medio de los profetas, y El en los días antes a la misma predijo cuanto había de sucederle. Luego Jesucristo es Dios.

Sus predicciones son claras, vg. sobre la traición de Judas: *«Uno de vosotros me entregará»* (Jn. 13,21), sobre la negación de Pedro, cuando éste le dice: *«Daré mi vida por ti»*, Jesús le contesta: *«En verdad, en verdad te digo que no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces»* (Jn. 13,37-38), y porque El *«sabía todas las cosas que le habían de suceder»*, dijo días antes a sus apóstoles: *«Mirad que subimos a Jerusalén, el Hijo del hombre será entregado a los gentiles, escarnecido, injuriado y escupido; le azotarán, le matarán y al tercer día resucitará»* (Lc. 18,31-32).

Las profecías cumplidas nos demuestran claramente que Jesucristo es Dios y si sufre tanto es porque quiere así redimirnos y con su muerte darnos la vida.

2º. Judas vende a su divino Maestro

Judas fue uno de los doce apóstoles elegido por Jesucristo, pero por no cooperar con fidelidad y dignidad a su vocación, terminó siendo reprobado. El vino a ser un traidor. ¡Qué maldad y qué crimen el de Judas, pasar al bando de los enemigos de Jesús, hacerse jefe de ellos y entregarle, siendo su divino Maestro! ¿Cuál ha sido el principio de tan grande caída? Una pasión no mortificada.

El único fallo de Judas de que se nos habla en los Evangelios fue la avaricia. En él estaba este pecado tan arraigado, que fue la causa de todos sus males: *«Bueno le fuera* –dijo Jesús– *a tal hombre no haber nacido»* (Mt. 26,24). Terrible sentencia fue ésta, a propósito de la cual escribía Bossuet: «Más le valiera a este hombre no haber nacido, ya que vive para su propio suplicio, y su ser de nada le servirá, sino para hacer eterna su memoria».

La traición de Judas fue puesta de manifiesto en la última Cena, cuando Jesús dijo: *«Uno de vosotros me va a entregar»* (Jn. 13,21). Los discípulos se entristecieron en gran manera y comenzaron cada cual a decirle: *«¿Acaso soy yo, Señor?»* (Mt. 26,22)... Juan, reclinándose sobre el pecho de Jesús, le dijo (en silencio): *«Señor, ¿quién es? Jesús le respondió: Es aquel a quien Yo le daré el bocado que voy a mojar. Y mojando el bocado se lo dio a Judas, el de Simón Iscariote. Y tras el bocado entró en él Satanás. Entonces le dijo Jesús: Lo que has de hacer hazlo pronto. Mas ninguno de los que estaban a la Mesa supo a qué propósito le dijo esto. Algunos pensaron que, como Judas tenía la bolsa, Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta o que diese algo a los pobres. El apenas tomó el bocado, salió enseguida. Era ya de noche»* (Jn.13,23-30).

Muchos comentaristas creen que Judas se salió al terminar la cena legal y no asistió a la institución de la Eucaristía, que tuvo lugar a continuación, y por lo mismo no recibió el cuerpo y la sangre del Señor. Y si así fue, diremos con el escriturista Fillion: «Siéntese como aliviado el ánimo al pensar que el traidor no entristeció con su odiosa presencia la inauguración del banquete eucarístico y que no profanó con horrible sacrilegio el más augusto de los sacramentos, en el momento mismo en que acababa de ser instituido».

Judas era libre, Dios ha dado la libertad a los hombres para hacer el bien, pero él la empleó para el mal, como lo evidenció por el remordimiento que experimentó más tarde. Los malvados parecen ir contra la economía de Dios y ser una nota discordante en el himno de la vida, pero en cierto modo encajan dentro del plan divino. Todos los enemigos de Cristo que intervinieron en su pasión *«sin saber lo que hacían contribuyeron a que Dios diese cumplimiento a lo que tenía antes anunciado por boca de todos los profetas»* (Hech.3,17-18).

Judas impelido por la avaricia y por el demonio, que se había apoderado de él durante la cena, va a buscar a los enemigos del Salvador, y les dice: *«¿Qué me dáis y os lo entrego? Y ellos le asignaron treinta monedas de plata»* (Mt.26,15).

Nosotros nos indignamos al ver al Divino Maestro vendido por treinta monedas, y no pensamos que por menos le hemos vendido nosotros, unas veces por un respeto humano, el que dirán, por un placer impuro, por un mezquino interés...!

Judas, tomando el trozo de pan que Jesús le ofreció, salió presuroso del cenáculo. «Salía, dice San Ambrosio, salía de la fe; salía de la asamblea y de la dignidad de los apóstoles; salía de la gracia de la santificación para enredarse en el lazo de la muerte; salía fuera, él que dejaba los misterios de la vida anterior.

Era de noche

El evangelista, recordando, cuando escribió su Evangelio, el horrible crimen de aquella noche, concluye su narración con esta sencilla frase de «trágica brevedad», como alguien ha dicho, y que causa en el ánimo profunda y lúgubre impresión: «Era de noche». Convenían las tinieblas para la obra siniestra y repugnante que iba a ejecutar el traidor. Era de noche sobre todo en su alma. Sí, ¡para Judas era de noche! Acababa de abandonar a aquel que *«era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo»* (Jn.1,9).

Por eso, sumergido en tinieblas, no sabía a

dónde iba cuando dirigía sus pasos decididos hacia la morada de los príncipes de los sacerdotes para venderles a su Maestro. No veía que cometía el más grande de los crímenes, y que se entregaba a la avaricia, que había de conducirle a la desesperación, al suicidio y al infierno... Era de noche: *Erat autem nox.*

Pero ¿no están todos los pecadores sumergidos también en una profunda noche? ¡Ah! si no les hubiese abandonado la luz, ¿irían riendo a precipitarse en un océano de desgracias para apoderarse de una sombra de satisfacción criminal? Las tinieblas que rodeaban a Judas, rodean también la conciencia de los pecadores endurecidos...

Judas vende a su amo por treinta dineros. Treinta monedas de plata le prometieron los príncipes de los sacerdotes; y desde aquel instante Judas buscaba la ocasión de entregárselo (Mt.26,15-16).

«¡Oh traidor, exclama San Ambrosio, valúas en trescientos dineros el perfume que Magdalena derrama sobre Jesucristo, en memoria de su pasión, y vendes su misma pasión por treinta dineros! Eres rico y generoso en tu apreciación, y vil en tu crimen: vendes a tu Dios al precio de los esclavos: Jesucristo no quiere que su precio sea más subido, para que todos puedan comprarle, y ningún pobre quede sin poder hacerlo».

«Vendido por tan módica cantidad, Jesucristo viene a ser el precio de la redención de todos los pecadores y de todo el universo. Judas, por haber vendido al Salvador por treinta dineros, y los judíos por haberlo comprado, son unos y otros heridos por Dios con las treinta maldiciones enumeradas en el salmo 108 por el real profeta» (A Lápide).

3º. Jesucristo en el huerto de los Olivos

Después de la Cena, Jesucristo se dirigió al huerto de Getsemaní, para orar, pues era un lugar solitario, y para probar que no huía de la muerte, sino que la deseaba, pues aquel sitio era conocido de Judas, y de esta manera dar principio a su pasión redentora y manifestar su misericordia...

Adán nos perdió en un jardín, y en un jardín o huerto nos salvará Jesucristo... Adán nos perdió en un jardín de delicias, y en un jardín de dolor empezará Jesucristo la redención del mundo... Adán salió del Paraíso terrenal, llevando la muerte para él y toda su descendencia; y Jesucristo salió del huerto de los Olivos, para darnos a todos la vida...

El huerto de Getsemaní es uno de los lugares más santos de la tierra, testigo mudo de la pasión espiritual de Jesucristo. Los discípulos,

aquella noche, al entrar en el huerto, vieron el rostro de su Maestro sombreado por una gran tristeza, que nos la declara el Evangelio con estas palabras: *«Comenzó a entristecerse..., sintió tedio, angustia, tristeza, sudó sangre»*.

Jesucristo era también hombre, y como hombre sufre ante el peligro. El había hablado de su pasión con grande serenidad, prediciendo los grandes tormentos y males que había de sufrir, pero al hallarse solo en el huerto, el temor, el tedio, el disgusto y el abatimiento, se apoderaron de un golpe sobre su alma...

A Pedro, Santiago y Juan, los tres discípulos que había hecho confidentes de su poder en la resurrección de la hija de Jairo (Lc.8,51) y luego confidentes de su gloria en el Tabor (Mt.17,1), los elige para ser también secretos confidentes de sus penas y reconozcan que El era Dios, tanto en las horas de gloria, como en las horas aquellas de su pasión y abatimiento, y así, como desahogándose con ellos, se les acerca y les dice: *Mi alma está triste hasta la muerte.*

¡Qué misterio tan profundo: la tristeza del Dios-Hombre! ¡Sentir la tristeza mortal y asombrosa! ¿Cómo es posible si gozaba de la visión beatífica; esto es, si contemplaba a su Padre cara a cara y gozaba de su eterna bienaventuranza? Misterio incomprensible para nosotros, pero real, el cual nos revela el horror

profundo que le causa el pecado y el amor inmenso que nos tiene.

Causas de este dolor y tristeza de Jesús

Jesucristo, con su inteligencia divina y con la ciencia infusa de su inteligencia humana –pues El posee la ciencia de los hombres, de los ángeles, de Dios–, contempla el panorama de los tormentos de su pasión, y está viendo: la prisión, la traición de Judas, la negación de Pedro, la cobardía y el abandono de los suyos, vencidos por el respeto humano, la flagelación, los escarnios, la coronación de espinas, calumnias, ultrajes, desprecios..., que se habían de prolongar en nosotros, en su Iglesia, en todos los cristianos hasta el fin del mundo...

Pero Jesucristo sufre, mas que por los tormentos de su pasión, por los pecados del mundo, que como un diluvio caen sobre El, pues queriendo satisfacer por nosotros a la justicia divina, carga con los pecados de todos, y va desfilar ante sus purísimos ojos desde el pecado de Adán hasta el último que se había de cometer en el mundo. Ve, pues, los pecados de todos los hombres... ¡y los míos!

Y lo que más le duele a Jesús y por lo que más sufre, es ver que sería inútil el derramamiento de su sangre para muchos..., pues veía

los que en la serie de los siglos se habían de condenar... y esto deshacía de pena y de angustia su corazón. *«¿Qué utilidad tendrá mi sangre?»*, repetirá el Señor amargamente..., al ver tantas almas despojadas de la vida sobrenatural para siempre.

Cuando sufría tanto vuelve a sus discípulos y los halla dormidos... Ayer, como hoy, los encargados de vigilar los derechos de Dios: los sacerdotes, los cristianos..., se duermen... mientras triunfa el mal y triunfan los enemigos de Dios. ¡Cuántos trabajan por Satanás!... ¿Cómo he de trabajar yo por Cristo?...

Vigilad y orad, dijo Jesús a sus apóstoles cuando los halló dormidos, y comenta San Ireneo: Los despierta para probar que su pasión ha de despertar a los que duermen en el pecado, pues ¿quién podría dormir en el pecado al ver que Jesucristo sufre todos los tormentos para expiar el mismo pecado?

La oración de Jesús en el huerto

Jesús, nuestro gran modelo, nos enseña cuándo y cómo hemos de orar. Su oración fue ésta: *«Padre mío, si es posible* (si es de tu grado), *aleja de mi este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»* (Mt.26,57-59).

He aquí una oración modelo, llena de con-

fianza y de resignación... *«Padre mio, si es posible, si lo queréis...»*. Quien habla aquí es la naturaleza humana de Jesús aterrorizada por el exceso de los sufrimientos y humillaciones que le esperaban... Jesús quiere sufrir y morir por nosotros, a satisfacer así por nuestros pecados al Padre celestial, pero ante los horrores de la pasión que le aguardan, clama que aleje estos horrores, que pase el cáliz de la pasión sin beberlo..., mas siempre que sea esa su voluntad, pues si El quiere que padezca, está pronto a sufrirlo todo por complacerle.

Así debo orar yo con esta resignación y total entrega en las manos de Dios... Cuando la enfermedad me aqueje o el dolor me oprima; cuando la calumnia me persiga o me abata la tristeza..., en las tribulaciones y trabajos, en la pobreza, en los sufrimientos de alma o de cuerpo..., mi oración será: «Padre mio, dame la salud, mitiga esta pena, si es posible, pero no se haga lo que quiera, sino lo que tu quieras...». Sano o enfermo, alabado o vituperado, diré: *«Hágase tu voluntad»*.

Jesús oró tres veces, y sólo después de la tercera se le presentó un ángel para fortificarle. Aprendamos con este ejemplo a no desanimarnos en la oración y a ser perseverantes sobre todo en tiempos de prueba.

Jesús oró tres veces para enseñarnos a orar y a pedir: 1° perdón de nuestros pecados pasa-

dos...; 2º gracia para no caer actualmente...; y 3º auxilio para preservarnos de males futuros... El nos enseña a orar siempre y especialmente cuando nos amenacen peligros, cuando tenemos que prepararnos para las horas del combate y del sacrificio y no abandonar la oración...

Jesús se aparta hasta de sus más íntimos amigos para orar *«apartándose de ellos como un tiro de piedra»*... En las oraciones particulares, que se hacen fuera del lugar público de la oración, exige el respeto que la persona se retire aparte para orar con mayor recogimiento y atención.

La soledad nos aísla del mundo exterior y nos lleva a Dios. En el recogimiento, sin ruido de cosas terrenales se ora mejor con Dios. En la oración: Dios y el alma. lo demás..., estorba, distrae...

Jesús nos enseña a orar con gran reverencia, compostura exterior, humildad y a estar con profundo respeto ante la majestad de Dios, a quien hablo como hombre pecador que soy... Además hemos de orar con perseverancia. Jesús hace esta amorosa represión a sus discípulos: *«¿No habéis podido velar una hora conmigo?»* ¡Con cuanto gusto velamos con el mundo y que poco con Jesús!...

Vigilad y orad para no entrar en la tentación... Mientras Jesús ora, *los apóstoles duer-*

men. ¡Triste ejemplo de pereza! Duermen después de los avisos y ejemplos que les da Jesús. Duermen también hoy sus amigos el sueño de la comodidad, de la indiferencia y del olvido. Duermen también muchos de ellos en el peligro y en el pecado... ¡Cómo duelen a Jesús los pecados de sus íntimos!...

Después de haberles hallado por tercera vez dormidos, viene a decirles: ¡Aún dormís en esta hora de sumo peligro!... ¿Aún duermes, pecador, estando próxima la hora de la muerte? Ved como Judas no duerme. Los pecadores son más diligentes y activos para ofender a Dios... *Súrgite...*, levantaros: se acerca el enemigo, el momento de la lucha, la hora de la tentación... ¿Estás preparado? Jesús lo está por la oración...

El traidor Judas se acerca

Judas, uno de los doce apóstoles, no sólo ha llegado a ser un ladrón, sino que ha vendido a su augusto Maestro, y se ha hecho jefe de los traidores, de los verdugos y asesinos de Jesús. Por eso dice San Lucas que *«Judas les precedía»*, *«y detrás de él,* como dice San Mateo, *vino una multitud armada con espadas y palos»* (Mt.26,47).

Entonces Jesucristo dijo a sus apóstoles:

«Levantaos, vamos; ya se acerca el que ha de entregarme» (Mt.26,46), y se encamina derecho y con paso firme hacia sus enemigos, y les dice: *«¿A quién buscáis?»*, y ellos le contestan: *«A Jesús de Nazaret»*. Díceles Jesús: *Yo soy... Apenas, les dijo: YO SOY, retrocedieron todos y cayeron en tierra* (Jn.18,4-6), demostrándoles así su poder y cómo se entregaba a ellos, esto es, porque quiere se deja prender para sufrir y satisfacer por los pecadores... YO SOY. ¡Qué energía y qué eficacia tienen estas palabras en labios de Jesús!

YO SOY (éste es el nombre de Dios. Dios habló en primera persona a Moisés: EHYEH=YO SOY, y nosotros lo solemos denominar en tercera persona: YAHVE=EL QUE ES, o sea, el ser por esencia del cual dependen todos los demás). YO SOY el Dios hecho hombre, el Dios santo y eterno, el Dios fuerte y poderoso, el Hijo de Dios a cuyo nombre, voluntariamente o por fuerza, se dobla toda rodilla en el cielo, sobre la tierra y en el infierno.

Yo soy, pecadores, el que vosotros habéis ofendido, despreciado, ultrajado y perseguido... Hablando de aquel milagro, San Cirilo de Jerusalén dice: «Aquella caída es la figura de la que han de sufrir todos los enemigos de Jesucristo, la misma suerte está reservada a sus contrarios en todos los siglos».

Los emisarios de los príncipes de los sacer-

dotes no hubieran podido levantarse si Jesucristo no se lo hubiera permitido, pero entonces dijo a todos ellos: *«Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas»*... Les permite que se acerquen a El, primeramente Judas, que vendido a Satanás, se acerca presuroso a Jesús, al que saluda y besa diciendo: *«Salve, Maestro»*. Jesús se dejó besar del traidor, y con dulzura y bondad le dice: *«Amigo, ¿a qué has venido? ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?»*, y al mismo tiempo que le dirige estas palabras, ¡cuántas inspiraciones!, ¡cuántos rayos de luz comunica a su alma! Mas a Judas se le endurece el corazón... (luego hablaremos de su fin).

Después de haber derribado milagrosamente a sus enemigos, Jesús obró un segundo prodigio, no permitiendo que se apoderasen de sus apóstoles, ni siquiera de Pedro, que había herido a uno de ellos. Hizo un tercer prodigio colocando la oreja de aquel a quien Pedro se la había cortado. Véase cuánta era la ceguedad de aquellos criminales emisarios...! *«Se arrojaron sobre Jesús y le encadenaron»* (Mt.26,50). Pusieron la mano sobre él como sobre un ladrón siendo la misma inocencia y la bondad misma, el Santo de los santos, el verbo eterno, el Hijo de Dios, y Dios también... *«Es vuestra hora»*, la hora de los pecadores..., ¡ya llegará la hora del juicio de Dios!...

4º. Sufrimientos de Jesucristo ante Anás y Caifás

No puede dudarse que en el trayecto del huerto de los Olivos a casa de Caifás, Jesucristo cargado de cadenas sufriese mil ultrajes e insultos... *«Entonces la guardia romana, el tribuno y los alguaciles de los judíos prendieron a Jesús, le ataron y le llevaron primeramente a Anás, porque era suegro de Caifás, el cual era pontífice en aquel año»* (Jn.18,12-13).

Anás era hombre astuto e intrigante, quien al parecer, después de un cambio breve de impresiones *«remitió a Jesús, atado como estaba, a la casa de Caifás»*.

Empieza el proceso religioso. Jesús es llevado a los tribunales. la gran asamblea de Israel es presidida por Caifás. Este era sumo pontífice aquel año, hombre sagaz y malvado, que personifica el odio y la mala fe contra Cristo, y en quien domina la pasión y la parcialidad más irritante, pues antes de juzgarle y oírle... *«deliberaron matarle», porque hacía muchos milagros* (Jn.11,53) y *«tuvieron consejo para quitarle la vida»*. El fue el que compró la traición alegrándose de ver al traidor y convenir con él en darle dinero.

Caifás, la Asamblea del pueblo de Israel, los pecadores del mundo se sientan en tribunal para juzgar ahora a Jesús; pero no tardarán en

cambiarse los papeles, y pronto ellos... y nosotros seremos juzgados por El.

Jesucristo, a quien ellos van a juzgar, es el verdadero juez de vivos y muertos *«ante cuyo tribunal hemos de comparecer todos»*. ¡Qué pensarán entonces los pecadores!

«Las gentes, dice el salmista, *bramaron y los príncipes a una se confabularon contra el señor y su Ungido»* (Sal.2).

Caifás (y no Anás, como parece desprenderse también del texto) preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina; mas no con ánimo recto, sino perverso, para condenarle... Jesús le respondió: *«Yo públicamente he hablado al mundo, yo siempre enseñé en la sinagoga y en el templo, donde todos los judíos se reúnen y nada he dicho en secreto. ¿Por qué me preguntas a mi? Pregunta a los que me oyeron, que les he hablado. Ellos saben lo que he dicho»* (Jn.18,20).

¿Qué había enseñado en efecto? Las ocho bienaventuranzas, la doctrina de salvación, contenida actualmente en su Evangelio...

¿Qué había hecho? Había curado a los enfermos, había devuelto la vista a los ciegos, el habla a los mudos, el oído a los sordos, había resucitado muertos, multiplicado los panes, calmado las tempestades; en una palabra, había pasado el tiempo haciendo bien a todos.

Al decir Jesucristo: *«¿Porqué me preguntas*

a mi?» y a la respuesta noble y sincera, dada con todo comedimiento y con toda dignidad, un criado o guarda del Sanedrín dio una bofetada a Jesús, diciendo: *«¿Así respondes al pontífice?»* ¡Qué gran deshonor y qué horrible ultraje al Señor! ¿Quién da la bofetada?... Aquel criado es imagen del pecador que blasfema, que profana el dia festivo, que comete una acción impura..., así bofetea a Dios. *Tu es ille vir...*, tu eres, pecador...

Jesús, para enseñarnos que es lícito defenderse dentro de los justos límites y, en ocasiones, conveniente, protesta mansamente de la injusticia del ultraje: *«Si he hablado mal, demuéstralo; pero, si bien, ¿por qué me hieres?»*

Este dilema podemos oponer a todos los impíos y pecadores: «Si es malo el Evangelio, demostradlo; y si es bueno y procede de Dios, ¿por qué no lo ponéis en práctica?»

Así pues los príncipes de los sacerdotes y toda la asamblea buscaba un falso testimonio contra Jesús para hacerle morir (Mt.26,59). Adujeron falsos testimonios... *«Levantándose entonces el pontífice, le dijo: ¿Nada respondes? ¿Oyes lo que atestiguan éstos contra ti? Mas Jesús callaba...»*.

Jesús callaba. ¿Por qué antes habla y ahora calla? Para darnos ejemplo de cuándo debemos hablar y cuándo debemos callar. Aquí calla Jesús para expiar nuestros pecados de la lengua,

para enseñarnos la virtud del silencio. Este silencio de *paciencia* de Cristo lo llama San Ambrosio «silencio triunfal», pues callando triunfa de sus enemigos.

Jesús callaba, porque la acusación era falsa y mala; sabía, dice San Jerónimo, que, por más que respondiese, no había de impedir que acriminasen sus palabras. Y como dice San J. Crisóstomo, allí no había más que una sombra de juicio; en realidad, aquello era un ataque de salteadores...

Sin embargo, Caifás dijo al Salvador: *«¡Te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tu eres el Cristo, Hijo de Dios!».* Entonces Jesús rompe el silencio por reverencia al nombre de Dios, y porque así lo exigía la fe que debía entonces confesar públicamente, y le dice: *«Tu lo has dicho. Yo soy Cristo, el Mesías. Además os digo que ya veréis al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo...»*, es decir, se cambiarían los papeles: Ahora me juzgáis, ya vendré yo un día a juzgaros a vosotros y a todo el mundo...

Entonces el pontífice rasgó sus vestiduras, y dijo: Blasfemó, ¿qué necesidad tenemos de testigos? Ahora mismo oísteis la blasfemia» (para ellos era una blasfemia el que Jesús dijese que era Dios; pero ¿no se lo tenia ya demostrado con innumerables milagros?), y la pasión de aquellos hombres contestó: *«Reo es de muer-*

te». Y ¿quién es el reo de muerte? No tú, Señor, sino yo... ¡y reo de muerte eterna!

Durante toda la noche del jueves al viernes Jesucristo sufrió toda clase de ultrajes y afrentas. *«Entonces le escupieron en la cara...». «Los que le tenían preso, estuvieron burlándose de El y golpeándole; le taparon además el rostro, y le preguntaban: ¡Adivina! ¿quién es el que te pegó? Y decían también muchos insultos contra El»* (Lc.22,63-65).

Retirados los jueces y los que componían aquella asamblea, Jesús fue abandonado a la discreción de sus guardias, de los soldados y criados, y se entregó el mismo a todos los ultrajes que quisieron hacerle... *escupirle* (lo había anunciado el profeta Isaías y El lo había predicho: Is.50,6: Lc.18,31),, *le desprecian, dan golpes, se mofan de El...* ¡Burlarse de Dios! ¡Cuánta bajeza, cuánto desprecio! *Le vendan los ojos...* El pecador quisiera que no le viera Dios, para pecar más libremente... Jesucristo toleró estos escarnios para expiar tantas blasfemias e irreverencias...

5º. Pedro niega a Jesucristo

¿Quién fue Pedro? Era un obrero, un pescador que cuando estaba echando la red al mar fue llamado por Jesús al apostolado, quien al

decirle: *«Ven, sígueme, y te haré pescador de hombres»*, él al punto, es decir, sin dilación alguna, dejó las redes y le siguió.

Pedro es el primero que figura en la lista de los apóstoles, y el que recibió del Señor el poder de lanzar los espíritus inmundos y de curar toda enfermedad y dolencia (Mt.10,1-2). A él le prometió Jesús el Primado de su Iglesia y las llaves del reino de los cielos... y después de haber sido instruido por él durante tres años y haberle visto hacer tantos milagros y haber recibido de El tantos beneficios... viene a caer miserablemente en el pecado, abandonando a Jesús y renegando de El.

En aquella noche tan cruel, por colmo de desgracias, Pedro negó tres veces a su divino Maestro, y Jesucristo lo sufrió con resignación sublime...

Las causas de la caída de San Pedro podemos decir que fueron estas tres: La presunción, la negligencia en la oración y la imprudencia.

Todos os escandalizaréis por mi, le dice Jesús... *«Yo,* dice Pedro, *yo, jamás».* Me negaréis y me abandonaréis, y vuelve a decir: *«Yo te seguiré hasta la muerte...»* Más Jesús le previene para que no confíe en sí, pues *«antes que el gallo cante, me negarás tres veces».* Y ¿qué sucede? Una criada le dice: *«También tu estabas con Jesús el galileo»* (Mt.26,69), y le contesta: *«no sé lo que dices... No conozco a ese hom-*

bre», y esta negación por tres veces y hasta con juramento... ¡Con que no le conoces y le seguiste como apóstol, dejando las redes cuando te llamó..., fuiste su discípulo predilecto, viste su gloria en el Tabor, le dijiste que a quien irías, sino a El que tenía palabras de vida eterna, te prometió el Primado cuando le dijiste: *«Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»*, y ¿no le conoces?

¡Oh, cómo nos ciega la pasión!... «No conozco a este hombre...» ¡Qué palabra!... y, sin embargo, ¡cuántas veces la hemos repetido pecando!... Cayó San Pedro por mero respeto humano, porque descuidó la oración, se durmió cuando debía orar: *«¿No pudiste una hora velar conmigo?»*. Este es el origen de la tibieza y del pecado...

San Ambrosio comenta: «¿Dónde negó Pedro a Jesús? En el pretorio de los judíos, en la sociedad de los impíos». «¡Oh! ¡qué dañosas son, dice el venerable Beda, las conversaciones y la compañía de los malvados! Pedro, en medio de los impíos, niega que conoce a Jesucristo como hombre, él, que le había confesado como Hijo de Dios vivo, cuando estaba con sus colegas».

Verdaderamente, muy débil es el hombre reducido a sus pocas fuerzas. Sin el Espíritu Santo, Pedro padece, se estremece y reniega de su Maestro a la voz de una simple criada; pero

con el Espíritu Santo, una vez recibido, ¡cómo cambió! Entonces no cede a los príncipes, ni a los reyes, ni a los judíos, ni a los gentiles; arrastra las cadenas, las prisiones, los tormentos y la muerte. Todas las amenazas y todos los suplicios no son para él más que un juego. Y dice osadamente a los que conminándole con las penas más terribles, le prohíben predicar a Jesucristo: *Hemos de obedecer a Dios antes que a los hombres* (Hech.5,29).

Conversión de Pedro. En el Evangelio leemos: *«Y vuelto el Señor miró a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra del Señor, según le había dicho: Antes que el gallo cante, hoy me negarás tres veces. Y saliendo fuera lloró amargamente»* (Lc.22,61-62). Una mirada de Jesús le bastó para romper a llorar y huir del peligro. ¡Oh, si el Señor no le hubiera mirado, qué hubiera sido de él! ¡Cuántas veces nos mira el Señor y con cuánto amor! San Pedro se acordó entonces de las palabras del Señor. ¡Ojalá nunca las hubiera olvidado para no pecar!...

Luego obró con *prudencia,* no dudando de la misericordia del Señor..., y al momento que se dio cuenta del peligro huyó de él..., hizo penitencia, lloró sus pecados..., y por su humildad y amor hacia Jesús mereció el que le confiriese el Primado que le había prometido.

Dios permitió aquella caída para que Pedro, que debía ser el soberano Pastor de la

Iglesia, fuese compasivo e indulgente, y así dar a los pecadores un grande ejemplo de arrepentimiento y de penitencia. Pues, habiendo salido, Pedro lloró amargamente. San Ambrosio dice: «Las lágrimas borran el pecado, no piden el perdón, lo merecen».

San Clemente, discípulo y sucesor de San Pedro, afirma que aquel apóstol se arrepintió tanto, que, mientras vivió, se prosternaba durante la noche al cantar el gallo, y derramaba abundantes y amargas lágrimas. Por eso estaban sus ojos siempre encendidos.

Tengamos presentes las enseñanzas de Jesucristo... y las causas de la caídas de San Pedro..., para evitar el que nosotros caigamos.

6.º Jesucristo es llevado ante Pilato

¿Quién era Pilato? Era gobernador romano, modelo de jueces débiles, le animaba el deseo de justicia; sabe que acusan a Jesús por envidia y, cerciorado de que es inocente, hasta quería salvarlo; pero le acorralan, le amenazan que dejará de ser amigo del César si no lo deja crucificar, y, por temor a perder su puesto y también por complacerles, al fin cede, y, aunque en sí no parece malvado, sí es débil y cobarde, dejando que Jesús sea crucificado.

Jesús es llevado del Sanedrín al pretorio

(residencia de Poncio Pilato) para comenzar el proceso civil de Nuestro Señor. *«Llegada la mañana, tuvieron consejo los pontífices y los ancianos del pueblo contra Jesús para darle muerte. Y atado le llevaron y entregaron a Pilato, el gobernador»*. (Mt.27).

El odio, el furor y el demonio les excitan y les apresuran... Caifás había reunido en su casa a todo el consejo de los judíos para condenar a Jesucristo, a fin de que luego Pilato no pudiera absolverle... ¡Qué vergüenza para el Divino Salvador ser conducido por las calles de Jerusalén, atado y encadenado como si fuera un criminal, entre esbirros y gente armada! ¿No era El el que había entrado en la ciudad victorioso por todos? ¡Oh volubilidad humana! ¡Oh malicia y perfidia de los que indujeron al pueblo a pedir la muerte del que solamente *«pasó haciendo bien a todos!»*

Los judíos hacen entrega de Jesús a Pilato, el juez gentil, para arrancarle la sentencia de muerte y poder así condenarle al suplicio de la cruz, ya que él era el único, como representante del pueblo romano, que podía dictar sentencias de muerte.

Los judíos estaban entonces bajo el dominio de Roma, y ellos reconocieron, que sólo Pilato podía sentenciarlo a muerte, y por eso cuando Pilato les dijo: *«Tomadle y juzgadle según vuestra ley»*, respondieron: *«No nos*

es permitido sentenciar a nadie a muerte» (Jn.18,31).

San Juan dice que los judíos llevaron a Jesús desde Caifás al pretorio, y ellos no entraron en él *«por no contaminarse»*. ¡Qué farsantes estos judíos! Temen contraer una mancha legal entrando en la casa de un gentil o pagano y no temen matar a un inocente.

Jesús ante el tribunal de Pilato

Jesús, la divina víctima, aparece de pie ante el tribunal de Poncio Pilato. Este pregunta a sus acusadores: *«¿Qué acusación tenéis contra este hombre?»* Ellos le contestan con orgullo: *«Si no fuese un malhechor, no te lo hubiéramos entregado»*. ¡Un malhechor! ¡Como si hubiera cometido grandes crímenes!... y ¿de qué le acusaron? Para que Pilato pudiera condenarlo tenían que alegar motivos en qué se fundaba la sentencia de muerte que pedían.

Y he aquí sus acusaciones: Que es alborotador del pueblo, que prohíbe dar tributo al César, y de quererse hacer rey. ¡Quien no ve que son falsos los crímenes que le imputan!, siendo así que mandó obedecer a la autoridad, al decir: *Haced lo que os dijeran... Dad al César lo que es del César...* Y cuando quisieron hacerle rey, huyó... Ninguno defiende al Se-

ñor... porque pocos defienden la verdad, la justicia o al hombre pobre...

Como la acusación parecía grave, Pilato volvió al interior del pretorio, para proceder a una información personal, e hizo comparecer a Jesús delante de sí. La primera pregunta que le hizo fue ésta: *«¿Eres tu el rey de los judíos? Jesús respondió: ¿Dices tu eso por ti mismo o te lo dijeron otros de Mi? Contestó Pilato: ¿Qué has hecho? Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo, si de este mundo fuera mi reino, mis servidores hubieran luchado para que no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí»* (Jn.18,33).

El reino de Jesucristo no es puramente material y político, y aunque no es de la tierra, se halla en ella y un día tendrá su término en el cielo. Su reino es la Iglesia, reino de fe, de gracia y de gloria.

«Entonces le dijo Pilato: ¿Luego Tu eres Rey? Contestó Jesús. Tu lo dices: soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad escucha mi voz. Pilato dijo: ¿Qué es la Verdad? Y, dicho esto, otra vez salió a donde los judíos y les dijo: Yo ningún crimen encuentro en El» (Jn.18,37-38).

Pilato no escucho la respuesta de la Verdad misma, que es Jesucristo. El mismo lo dijo: *«Yo soy la Verdad»* (Jn.14,6).

Jesucristo es la Verdad, el verdadero rey del género humano, a quien hoy muchos ignoran y a quien todos conocerán el día del juicio, ante cuyo nombre doblarán la rodilla los cielos, la tierra y los infiernos.

Los príncipes de los sacerdotes insistieron en sus acusaciones; Jesús nada respondió (Mt.27,12). Nada respondió porque todo lo que le echaban en cara era falso, y porque sabía que sus respuestas serían inútiles. Se callaba para que no le despidiese Pilato sin condenarle, porque deseaba llevar a cabo cuanto antes nuestra redención. Se callaba también, como ya tenemos dicho para expiar con su silencio las mentiras, los perjurios, las maledicencias, las calumnias, las blasfemias, y en una palabra todos los crímenes que los hombres habían cometido por medio de la palabra.

Continuando Pilato su interrogatorio, dijo a Jesús: *«¿No oyes cuanto atestiguan contra ti?»* (Mt.27,14). Pero Jesús nada respondió, de suerte que el gobernador se admirara muchísimo. Pilato admiraba la inocencia, la dulzura, la paciencia, la resignación y la fuerza del acusado. «He aquí, dice San Atanasio, he aquí en el Salvador algo muy grande y muy admirable: callándose, persuadía tan eficazmente a su juez, que, a pesar de las tramas y conspiraciones contra El urdidas, éste tenía que reconocerle y declararle inocente».

7º. Jesucristo ante Herodes y vuelta a Pilato

Deseoso Pilato de salvar a Jesús, tomó el partido de enviarlo a Herodes. *«Herodes, al ver a Jesús, se alegró mucho, pues desde largo tiempo estaba deseando verle, por lo que se oía de El y esperaba verle hacer algún milagro. Le preguntó sobre bastantes cosas, pero El no le respondió nada. Los pontífices y los escribas le estaban acusando insistentemente. Herodes le despreció con todos sus soldados, y burlándose de El le vistió con una vestidura blanca y lo remitió a Pilato»* (Lc.23,,6-11).

Jesús no responde palabra al rey adúltero y homicida, que sólo por curiosidad quiere ver un milagro; mas aquella vestidura blanca que se le puso en señal de desprecio y de burla, ¡lejos de ser indicio de locura, era la señal de la inocencia, de la pureza, de la inmortalidad y de la gloria de Jesucristo, lo insigne de su victoria! Al que era la sabiduría infinita querían hacerle pasar por ¡el loco de Jerusalén! Según el Evangelio, se observa que entre los judíos hubo unidad de conspiración, de desprecio y de ultrajes contra el Hombre-Dios.

De nuevo ante Pilato. «Pilato convocó a los pontífices, a los magistrados y al pueblo, y les dijo: Me habéis traido a este hombre como que estaba sublevando al pueblo, y ved que yo le interrogué en presencia vuestra y no encuentro

en El culpa alguna en las cosas de que le acusáis. Ni tampoco Herodes, porque nos lo devolvió. Sabed, pues, que no ha cometido cosa alguna de muerte. mandaré que lo azoten y luego le soltaré» (Lc.23,13-16).

Es incomprensible que Pilato, reconociendo que Jesús siendo inocente dijese que lo «castigaría» y después lo soltaría. Sin duda que Pilato llegó a hacer esta concesión a los judíos, porque esperaba que luego le sería fácil librar a Jesús de la muerte.

Mientras Pilato funcionaba en su tribunal, su mujer le envió a decir: *«No tengas que ver nada con ese justo, porque he sufrido mucho en sueños por causa de él»* (Mt.27,19). Pilato, de acuerdo con su mujer, reconoce la inocencia de Jesús, pero es demasiado débil, y aún quiere valerse de un medio odioso para salvar a Jesús.

«Por la fiesta de la Pascua solía el gobernador conceder al pueblo la libertad de un preso, el que el pueblo quisiera. Tenía entonces a un famoso, llamado Barrabás» (Mt.27,15-16), *el cual había sido encarcelado por una sedición que se había originado en la ciudad, y por un asesinato* (Lc.23,19). Y dirigiéndose Pilato a los judíos, les hizo la siguiente proposición: *«¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás o ! Jesús, el llamado Cristo?* Porque sabía que por envidia le habían entregado. Pero los pon-

tífices y los ancianos persuadieron a las turbas a que pidiesen a Barrabás y matasen a Cristo.

El gobernador preguntó de nuevo: *¿A quién queréis que os suelte? Ellos dijeron: ¡A Barrabás! Díjoles Pilato: ¿Qué haré, pues, con Jesús al que llaman Cristo? Contestaron todos: ¡Sea crucificado!. Dijo el gobernador: ¿Pues qué mal ha hecho? Pero ellos más fuerte gritaban y decían: ¡Crucifícale!* Se ha dicho: la mayoría pedía la muerte de Jesús; pero no siempre la mayoría tiene razón. La mayoría está justificada siempre que una votación se base en la conciencia y no en la propaganda. En este caso el inocente, el Salvador, padecería, y el pecador, el criminal, quedaría libre.

Indigno fue el parangón de Jesús con Barrabás. Un día San Pedro echará en cara a los judíos su conducta diciéndoles: *«El Dios de nuestros padres ha glorificado a su siervo Jesús, a quien vosotros entregásteis y negasteis delante de Pilato, cuando éste juzgaba que debía ponerle en libertad. Mas vosotros negasteis al Santo y Justo y pedisteis que se os hiciera gracia de un homicida, y matasteis al Autor de la vida»* (Hech.3,13-15).

Los judíos teniendo la libertad de elegir, dieron la preferencia a un ladrón sobre Jesús, a un asesino sobre el Salvador... Ciegos y desgraciados pecadores, nosotros renovamos la misma elección al pecar mortalmente. Damos la

preferencia a Barrabás. ¿Qué digo? Obramos peor que los judíos; porque, aunque muy criminal, Barrabás era un hombre; pero ¿quién es aquel que preferimos a Jesucristo por el pecado? ¿Quién es aquel que elegimos por dueño nuestro?...

Pilato se lava las manos

«Viendo Pilato que nada conseguía, sino que se levantaba mayor clamor, pidió agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: ¡Inocente soy de la sangre de este justo!, vosotros veréis. Respondiendo todo el pueblo, dijo: Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Entonces les soltó a Barrabás, y, haciendo azotar a Jesús, se lo entregó para que lo crucificaran» (Mt.27,24-26).

Bien puedes lavar tus manos, juez cobarde e inicuo, no lavarás tu conciencia, ni tu honor, ni tu memoria. Te declaras inocente de la sangre del justo, y tu eres quien pronuncias la sentencia de muerte!... ¿No dijiste tu antes a Jesús: *«¿No sabes que tengo potestad para soltarte, y tengo potestad para crucificarte?»* (Jn.19,10), pues ¿por qué lo condenas, si sabes que es inocente? Te lavaste las manos declarándote inocente de la muerte de Cristo, pero nosotros diremos cada día y lo dirá la más remota posteri-

dad: «Creo en Jesucristo... que padeció muerte y pasión bajo el poder de Poncio Pilato».

Notemos que al oír estas palabras: *«Si sueltas a éste, no eres amigo del César»,* Pilato, por no perder el puesto, se rindió cobardemente... Se lavó las manos y dijo: Que sea crucificado. ¡Oh cobardía humana!

Pilato perdió todo por querer complacer a los hombres: perdió el favor de Dios, el favor de los judíos y el favor del César..., pues, se dice, que acusado al año siguiente por el mismo pueblo judío, el César lo destituyó y lo desterró a las Galias, donde murió desesperado, dos años más tarde.

8º. Judas devuelve los 30 dineros y se ahorca

«Al ver entonces Judas, el que le entregó, que había sido condenado, arrepentido, devolvió las treinta monedas de plata a los pontífices y ancianos, diciendo: Pequé al entregar sangre inocente. mas ellos le dijeron: ¿Qué nos importa? ¡Tu verás! Judas arrojando las monedas en el templo, se marchó, fue y se ahorcó» (Mt.27,3-5).

Judas, en su desesperación, creyó sin duda que su delito podía deshacerse devolviendo ¡el dinero! Su arrepentimiento no fue sincero, porque el verdadero arrepentimiento encierra

la esperanza del perdón y el mismo perdón. El arrepentimiento de Judas era forzoso y lleno de desesperación...

Judas devolvió las treinta monedas, reconociendo la inocencia de Jesús, y las arrojó en el templo. «Aunque el arrepentimiento de Judas fuera falso y nulo, aquel traidor, dice San Ambrosio, sintió, sin embargo, cierta vergüenza y cierto pudor al reconocer su crimen; y aunque no haya sido absuelto, quedó en claro la desvergüenza de los judíos. El mismo acto que revelaba, en efecto, la traición de Judas, probaba que los judíos habían hecho con él un contrato odioso y culpable».

Pero los príncipes de los sacerdotes le dijeron: ¿Qué nos importa? Allá tú. ¿Qué se les daba a ellos de la inocencia de Jesús? Pues no lo había condenado porque le juzgasen digno de muerte, sino movidos de odio implacable. No quieren recibir el dinero por no verse obligados a romper el contrato y a poner en libertad a Jesús. Judas arroja el dinero en el templo, en presencia de todo el pueblo, y así todos pudieron ver que Jesús había sido vendido y condenado injustamente...

Si Judas hubiese pedido perdón y no se hubiese desesperado, había conseguido salvarse... Aquí termina el relato del Evangelista. San Pedro lo completó en su discurso al proponer a los discípulos reunidos en el cenáculo la elec-

ción del sucesor de Judas. «*Este* –dijo– *después de haber adquirido un campo con el salario de la iniquidad, estando colgado, reventó por medio y todas sus entrañas se derramaron, y fue notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo fue llamado en su lengua* "Hacéldama", *esto, es "campo de sangre"* (Hech.1,18-19).

No fue el traidor en persona quien adquirió el campo a que alude San Pedro, sino que lo compararon los príncipes de los sacerdotes, como añade San Mateo. San Juan Crisóstomo comenta: «El nombre que se dio a aquel lugar, proclama muy alto la horrible crueldad que desplegaron los judíos en la muerte de Jesucristo». Aún hoy, como he podido comprobar, se muestra a los peregrinos este lugar siniestro.

El pago de la avaricia de Judas fue éste: Despreciado de los sacerdotes, odiado por los suyos, maldecido por Dios, sin su dinero, con el demonio en el corazón y la ignominia de la horca.

A esto conduce la atroz tiranía de la avaricia. Judas no se aprovechó del dinero, ni de la vida que había recibido, y no gozará tampoco de la vida futura; todo lo perdió a la vez... «La tragedia de la vida de Judas es que podía haber llegado a ser San Judas» (Fulton Sheen).

9º. La flagelación... la coronación... Ecce homo

Continuaremos meditando sobre la historia sangrienta de nuestro Salvador.

1º. La flagelación. La pena de azotes o flagelación era un suplicio cruelísimo y degradante a la vez. Pilato condenó al Salvador a este tormento escalofriante, con intención todavía de arrancarle de la muerte, excitando la compasión del pueblo.

Aquel gran Dios, desnuda la parte superior de su cuerpo, fue atado a una columna para ser azotado. Los azotes eran entre los romanos el castigo de los esclavos. ¡Era, pues, imponer a Jesucristo una nueva humillación, al propio tiempo que un nuevo castigo; era tratarlo como se trataba a los esclavos, y a los esclavos rebeldes, a El, que es el Rey del cielo y de la tierra!

Los verdugos hieren su sagrado cuerpo con cuerdas llenas de nudos, a cuyos extremos se solían poner huesecillos o pedacitos de hierro o plomo, con repetidos golpes y encarnizamiento. La sangre corre por todas partes, y pronto las carnes se desgarran y caen a pedazos.

El profeta Isaías que le había contemplado en aquel triste estado, exclama: *«No tiene apariencia ni hermosura para atraer nuestras miradas, ni aspecto para que nos agrade... Des-*

preciado, el desecho de los hombres, varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento... El soportó nuestros sufrimientos, cargó con nuestros dolores... Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados...» (Is.53,2-5).

También le vio el Rey profeta y declaró que los verdugos contaron todos sus huesos (Sal.22,18). Jesucristo fue tratado como un vulgar criminal, según el mismo había predicho: *«Será entregado a los gentiles, quienes le azotarán»* (Lc.18,32: Mt.20,19)...

2º Coronación de espinas. Después de haber sido Jesucristo condenado, *los soldados del gobernador lo llevaron al pretorio, reunieron alrededor suyo toda la cohorte, le despojaron de sus vestidos, le cubrieron con una clámide o capa militar de púrpura, y con ramas espinosas formaron una corona, la colocaron en su cabeza, y pusieron una caña en su mano derecha. Luego doblando la rodilla delante de El, se burlaban, diciendo: Salve, Rey de los judíos. Y escupiéndole, tomaban la caña y le golpeaban en la cabeza* (Mt.27,29-30).

Aunque los soldados romanos coronan a Jesucristo por burla, dice San Bernardo, confesaron su dignidad real: le declararon Rey sin pensar que lo era efectivamente.

Elegido Godofredo de Bouillon por rey de Jerusalén, se negó a poner en su cabeza la co-

rona real, diciendo que no convenía que un rey cristiano llevase una corona de oro en la ciudad en que Jesucristo había sido coronado de espinas.

Jesucristo fue coronado de espinas para alcanzarnos la diadema del cielo. La corona de espinas que llevó el Salvador era la figura de nuestros pecados... Doblando la rodilla delante de Jesús, los soldados se burlaban y le decían: *Salve, rey de los judíos* (Mt.27,29); mas al nombre de Jesús, como dice San Pablo, debe doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos (Fil.2,10). *Salve, rey de los judíos:* Jesucristo es, efectivamente, Rey; reina en el cielo con su gloria, en la tierra con su cruz y gracia, y en el infierno con su justicia. *Es Rey de reyes y Señor de los señores* (Apoc.19,16).

Los soldados al ponerle a Jesús una corona de espinas, no sabían que era el mejor de los símbolos de un rey que había de reinar preferentemente sobre los que sufren. Rey de los mártires, de los penitentes, de los pobres y de los desgraciados. Cuando le ofreció a Santa Catalina de Sena una corona de rosas y otra de espinas, la santa no dudo en elegir la de espinas por asemejarse a El. El seguimiento de la cruz es el camino de la salvación.

3º. Ecce homo. En el horrible estado en que acabamos de describir, Jesucristo fue presenta-

do por Pilato al pueblo, pues el gobernador romano creyó moverlos a compasión: Aquí tenéis al hombre, dijo: *Ecce homo. «He aquí que os lo saco fuera»,* dijo a la turba alborotada. Con la corona de espinas, chorreando sangre, no tiene ya aspecto de hombre.

Ecce. ¡Ahí lo tenéis! ¡Vedle! El Hombre-Dios, fue llamado con toda sencillez el hombre. Y no hubo compasión para El. Voces vengativas lanzan aullidos: ¡Crucifícale!...

Judíos bárbaros, tal es el estado a que habéis reducido al Verbo encarnado; tal es vuestra obra: *Ecce homo.*

Blasfemos, impúdicos, pecadores todos, mirad el resultado de vuestra conducta: *Ecce homo...*

Pilato cedió ante el alboroto de los judíos y condena a Cristo, no como culpable, sino para acallar los gritos de sus enemigos, y condenaba así a un inocente, a fin de que no lo tuviesen por enemigo del César.

Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Así clamaron un día los ciegos judíos. Y esa sangre sigue pesando sobre ellos, y la profecía del Señor también se cumplió sobre ellos. En el sitio de Jerusalén, los judíos, agobiados por el hambre, se escapaban de una ciudad que había de ser su tumba; y para dete-

nerlos allí y obligarles así a someterse, Tito mandó crucificar más de quinientos cada día; de tal suerte, dice el historiador Josefo, que los romanos llegaron a carecer a la vez de cruces y de espacio para levantarlas. ¿Es posible no reconocer en este hecho un justo castigo de la crucifixión de Jesucristo?

Oh deicidas, exclamad: *¡Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!* ¿Qué ha sido de ti, pueblo que en otro tiempo, eras el pueblo de Dios, la nación santa, de cuyo seno habían salido los patriarcas y los profetas, la nación que vio tantos milagros y poseyó las tablas de la ley, el arca de la alianza y el templo del verdadero Dios; la nación de la que nacieron María, Jesucristo y los apóstoles? ¿Dónde estás? Mira la enormidad de tu crimen y la expiación que te ha sido impuesta!...

El año 70 fue destruida Jerusalén; la nación judía quedó sin rey y sin capital; no tiene ya ley, ni templo, ni sacrificios, ni profetas, ni pontífices, ni levitas; sus hijos andan errantes por todo el universo...

Pero hay una esperanza para el pueblo judío: *«En medio de las angustias, cuando todo esto haya venido sobre ti, en los últimos tiempos, te convertirás a Yahvé, tu Dios, y le oirás, porqué El es misericordioso»* (Dt.4,30) *«Yo, dice el Señor, os sacaré de entre las gentes y os reuniré de todas las tierras, y os conduciré a*

vuestra tierra y os purificaré de todas vuestras impurezas e idolatrías...» (Ez.36,24ss). *«Mucho tiempo han de estar los hijos de Israel sin rey, sin jefe, sin sacrificio. Luego volverán y buscarán a Yahvé su Dios... y se apresurarán a venir temerosos a Yahvé y a su bondad al fin de los tiempos»* (Os.34-5)...

10º. Cargado con la cruz... Calvario... crucifixión

Después del **Ecce homo,** el Salvador volvió a caer en poder de los soldados que lo habían maltratado de nuevo, y sin darle un instante de reposo le cargaron con la cruz para que la llevase hasta el momento de ser clavado en ella... Era costumbre que el condenado llevase el instrumento de su suplicio. Junto con nuestro Señor caminaban hacia el Calvario los dos ladrones que habían de ser crucificados con El. Jesús llevaba todo el peso de la cruz sobre la espalda y sus hombros, heridos ya por los crueles azotes que había recibido.

Temiendo que los azotes, la pérdida de sangre y la corona de espinas terminaran con su vida antes de ser crucificado, obligaron a un forastero, Simón de Cirene, a que le ayudara a llevar la cruz. No obraban así por caridad, ni

por lástima; era por temor a que Jesucristo muriese en el camino...

Según iban, Jesucristo encontró algunas piadosas mujeres que se deshacían en lágrimas, y les dijo: *«Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos»* (Lc.23,28). *«Si esto se hace en el árbol verde, en el seco, ¿qué se hará?* El árbol verde era El mismo, el árbol seco era el mundo, ante todo Jerusalén. Su advertencia significaba que, si los romanos le trataban así a El, que era inocente, ¿cómo tratarían a Jerusalén, que le había condenado a morir? Si El estaba ahora tan lastimado por las transgresiones ajenas, ¿cómo serían castigados en el juicio final por las iniquidades que hubieran cometido?...

Miserables pecadores que somos, lloremos por nuestros pecados, que son la causa de los sufrimientos y de la muerte del Hijo de Dios.

Jesucristo llegó al fin al Calvario. El Calvario o Gólgota estaba en aquel tiempo fuera de la ciudad de Jerusalén. Hoy viene a estar en el centro de la misma. No es un monte, como nos lo imaginamos, sino una colina rocosa, que la cubre la llamada «Basílica del Santo Sepulcro», a cuyo alrededor está todo construido de edificios... Una leyenda asegura que es allí donde fue sepultado Adán, y por eso existen algunas representaciones de la crucifixión, que nos muestran una calavera al pie de la cruz

para indicar que el nuevo Adán estaba muriendo por el viejo Adán.

«Le crucificaron». Esto es cuanto nos dicen los cuatro evangelistas, horrible suplicio en que la crueldad humana acumuló grandes torturas. Al parecer según el célebre vaticinio, que figura en el salmo 21 (22 en heb.): *«Taladraron mis pies y manos»*, y es probable que cada uno de los pies del Salvador estuvo fijado a la cruz con clavo distinto...

Jesucristo se ofreció en la cruz por la redención del mundo. La justicia de Dios exigía un sacrificio digno de su majestad. Dios se hizo hombre, y como hombre pudo sufrir, y como Dios dar a sus sufrimientos un valor infinito de redención. Los sacrificios ofrecidos por los hombres no bastaban. El Hijo de Dios cargó sobre si todas nuestras iniquidades, según dice el profeta Isaías, y el que no cometió pecado lo llevó sobre su cuerpo, según San Pedro.

Ahora vemos sobre el altar al Hombre-Dios, en el que habita la plenitud de la divinidad. Ahora en la Misa se actualiza el sacrificio del Calvario. Ahora «en virtud de la consagración, las especies del pan y del vino **representan** (hacen presente, de modo sacramental e incruento, el sacrificio cruento propiciatorio ofrecido por El en la cruz al Padre para la salvación del mundo» (Juan Pablo II).

Hemos de reconocer que el sacrificio de la cruz bastó para redimirnos por ser de valor infinito, y reparó potencialmente nuestras ofensas, y si ahora se renueva y actualiza en el sacrificio de la Misa, no es para añadir eficacia a aquel, sino para «aplicarnos» los frutos o gracias del sacrificio del Calvario.

Cristo nos obtuvo la redención, pero para que nos aproveche a cada uno en persona, puso algunas condiciones, como son, por ejemplo: la fe, la detestación del pecado, el uso de los sacramentos, la guarda de los mandamientos, etc., sin lo cual no se nos aplican los méritos y satisfacciones de Cristo.

11°. Las siete palabras

Cristo crucificado es el gran libro abierto a la humanidad. El ha sido y es el libro de los santos y de los sabios. El fue el libro de Santo Tomás de Aquino, el de las cinco llagas de San Francisco de Asís, el libro de San Felipe Benicio, el libro de San Buenaventura y el de San Pablo, que después de tener tanta cultura y conocer las maravillas de Atenas y de Roma, se gloriaba en saber a Jesucristo y sólo a El crucificado.

Las siete palabras que pronunció Jesús, antes de expirar, desde la cruz vienen a ser siete

clausulas que contienen siete lecciones llenas de sublimes enseñanzas.

PRIMERA PALABRA: Padre, perdónales que no saben lo que hacen (Lc.23,34).

El pueblo que estaba allí presente juntamente con sus príncipes, escarnecían a Jesucristo cuando estaba pendiente en la cruz y se burlaban diciendo: *«A otros salvó, y a si mismo no se puede salvar... Si eres Hijo de Dios baja de la cruz y te creeremos».*

Cuando tenía delante de El a tantos que le escarnecían y que le habían escupido y azotado y crucificado y blasfemado... va a pronunciar su primera palabra. ¿Será para vengarse de ellos y castigarlos?

El podía bajar de la cruz, porque era Dios omnipotente, pero sabía que no creerían entonces en El. ¿Acaso no había ya hecho muchos milagros al resucitar muertos y dar vista a los ciegos, para que creyeran? Sabía que era inútil y quiere demostrar con infinita paciencia que es Dios.

Jesús podía haber hecho que se abriera la tierra y los hubiera tragado vivos como un día se abrió sobre Coré, Datán y Abirón, pero no lo hace, y practica la doctrina que había predicado: *Amad a vuestros enemigos..., orad por los que os persiguen,* y por eso su primera palabra fue ésta: *«Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».* Los escusa de ignorancia,

y nos enseña a vengarnos de nuestros enemigos con la oración, la caridad y el perdón.

SEGUNDA PALABRA: Hoy estarás conmigo en el paraíso (Lc.23,43).

El profeta Isaías había vaticinado que el Mesías sería contado entre malhechores (Is.53). La Escritura se cumple. En el Calvario, a uno y otro lado de Jesús están crucificados dos ladrones: Dimas y Egestas. Ambos blasfemaban, pero Egestas, termina por convertirse a Jesús al verlo hecho un retablo de dolores, sin exhalar un gemido y rezar por los pecadores, y sale en defensa de Jesús diciendo a su compañero: *»«¡Cállate! ¿ni tu temes a Dios estando en el mismo suplicio? Nosotros justamente padecemos por nuestros pecados, pero Este ningún mal ha hecho»*. Este que tu insultas es inocente, no es reo de culpa alguna.

El buen ladrón al reconocer la inocencia y la divinidad de Jesucristo, vuelto a El hace esta confesión: *«Acuérdate de mi cuando estuvieras en tu reino»*. Acuérdate de mi, no te acuerdes ya de mis pecados, que detesto públicamente, acuérdate de este pecador arrepentido cuando estuvieras en tu reino.

Y mereció no un simple recuerdo, sino la eterna recompensa del cielo: *«Hoy estarás conmigo en el paraíso»*...

TERCERA PALABRA: Mujer, he ahí a tu

hijo. Después dijo al discípulo: He ahí a tu Madre. (Jn.19,16-27).

La Virgen María, con otras mujeres piadosas, estaba junto a la cruz de Jesús. Entonces Jesús se dirige a ella, la mujer más excelsa, más alabada y bendita entre todas las mujeres, a la que El eligió por Madre, y como a tal la adornó con toda clase de gracias, haciéndola *inmaculada,* y quiso que ella fuese también *Virgen de los Dolores,* porque quiso asociarla a sus sufrimientos, y así fuese corredentora padeciendo e inmolándose con El al pie de la cruz por la redención del mundo.

Y entonces fue cuando Jesús dirigiéndose a su madre, le señaló a San Juan, el discípulo amado y le dijo: *Ahí tienes a tu hijo.* Después dirigiéndose al discípulo, que nos representaba a todos los cristianos, le dijo: HE AHI A TU MADRE.

Este es el último don de Jesús a los hombres en su vida mortal. Quizá alguno diga: ¿Cómo es posible este don? Nada más claro.

Jesús pudo darnos a su Madre por Madre nuestra, y de hecho nos la dio. La palabra divina se diferencia de la palabra humana en que produce inmediatamente su efecto. Ella crea lo que dice: Cuando creó el mundo, El lo dijo con una palabra: *Hágase,* y todo fue hecho.

Ahora bien, las palabras de Cristo, son palabras de un Dios. Al paralítico le dijo: *«Le-*

vántate y anda» e inmediatamente se levantó y se puso a andar. A Lázaro, después de cuatro días cadáver, dijo ante su sepulcro: *«Lázaro, sal fuera»,* y al momento resucitó... Luego Jesús al decir desde la Cruz: AHI TIENES A TU MADRE, es una palabra divina que crea un verdadero corazón de Madre para los hombres en el cuerpo virginal de María. Tal es el sentir tradicional de la Iglesia.

María, pues, es nuestra Madre, Madre espiritual. No tiene relación con la vida de nuestro cuerpo, que no hemos recibido de la Virgen como lo recibió Jesús, sino con la vida sobrenatural de nuestra alma, la vida de la gracia.

Bien podemos decir con San Estanislao de Kostka: «La Madre de Dios es mi Madre», y a ella hemos de invocar con frecuencia: «Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén».

CUARTA PALABRA: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mt.27,43)

Entre las tres primeras palabras y las cuatro últimas que habló Jesús en la cruz (desde la hora de sexta: mediodía, a la hora de nona: tres de la tarde) vino una oscuridad sobre toda la tierra, y sobre esta hora Jesús gritó con gran voz: DIOS MIO, DIOS MIO, ¿POR QUE ME HAS DESAMPARADO?

¡Misterio profundo, ver a Jesús abandonado a las befas, escarnios, azotes y sufrimientos... y

todo esto ¿por qué? No hallamos otra razón que ésta: Porque el grande amor que nos tenía a todos, lo impulsó a redimirnos así.

También se vio abandonado de sus amigos de ayer y de hoy, y vio con angustia a tantos futuros enemigos, los rebeldes, los ingratos, los blasfemos, los impenitentes, que no quieren aprovecharse de la gracia de la redención.

El sufre este abandono para que nosotros no seamos abandonados, y jamás El nos abandone en nuestros pecados. A esta queja de Jesús, lo que tenemos que hacer es convertirnos a Dios mediante una confesión sincera y dolorosa de nuestras culpas...

QUINTA PALABRA: TENGO SED
(Jn.19,28)

Es indudable que Jesucristo, el Hijo de Dios, experimentó gran sed material abrasadora en su agonía, debido a sus largos padecimientos, al derramamiento de su sangre por los azotes, y el largo viaje desde el pretorio al Calvario..., pero el Salvador del mundo al pronunciar estas palabras, manifiesta tener otra sed insaciable, sed espiritual de la salvación de las almas.

Jesucristo tenía sed de que los hombres tuvieran sed de ser buenos: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de Justicia..., los que padecen por ser buenos y santos porque de ellos es el reino de los cielos...

Jesucristo quiso demostrarnos con esta palabra lo mucho que nos amaba, quiso expiar en nosotros esa sed insaciable de riquezas, de honores y placeres...

Aplaquemos la sed de Jesús con lágrimas de arrepentimiento y de amor filial...

SEXTA PALABRA: Consumatum est. Todo está cumplido (Jn.19,30)

La Escritura se cumplió. Todas las profecías referentes a Jesús tuvieron su cumplimiento. De nadie se ha escrito su vida antes de nacer, solamente la vida de Jesús fue escrita varios siglos antes.

– **Isaías** 8 siglos antes profetizó que nacería de una Virgen, y que sufriría una pasión ignominiosa, siendo puesto entre malhechores...

– **Miqueas** anunció 7 siglos antes, que nacería en Belén de Judá...

– **Zacarías** 5 siglos antes dijo que aparecería subido en un borriquillo y haciendo en él su entrada triunfal en Jerusalén... y todas estas profecías tuvieron su cumplimiento. Igualmente las profecías sobre su pasión:

El rey y profeta David, 10 siglos antes, anunció que en su pasión se repartirían sus vestiduras y sobre su túnica, por ser inconsutil, echarían suertes, y así se cumplió el salmo 21 (22 hebreo)... y quedó cumplido el plan de Dios para redimir a los hombres.

¡Ojalá que en la hora de nuestra muerte po-

damos decir: *«Todo está cumplido»:* Mis deberes para con Dios, para con el prójimo, para conmigo mismo...

SEPTIMA PALABRA: Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu (Lc.23,46)

Esta fue la última plegaria de Jesús, el último latido de aquel corazón que tanto ha amado a los hombres. Esta última palabra la pronunció con gran voz para demostrar que El era el dueño de la vida y de la muerte: que no moría por flaqueza y necesidad como los demás mortales, sino por sola su voluntad.

Cristo nos enseña a vivir y a morir. Esta es la ciencia esencial..., que en los últimos momentos de la vida, cuando todos nos abandonen, podamos decir: *«Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu...»*

Los evangelistas terminan diciendo que al concluir Jesús de pronunciar su última palabra EXPIRO. Murió por nosotros Aquel por quien nosotros debiéramos morir. Murió el Creador por la criatura,murió el Santo por el pecador... ¿Cómo debemos vivir y corresponder a tanto amor?

12º. Los responsables de la muerte de Jesús

En la muerte de Jesús unos tienen más culpa que otros, y así lo dijo nuestro Señor, por

cuanto atribuyó un mayor pecado a Judas y al sumo pontífice: *«Por esto el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado»* (Jn.19,11).

– *Pecó Judas* entregando al justo a la muerte por la avaricia. La avaricia le apartó de la compañía de Jesús y le llevó a la traición.

– *Pecaron los judíos* pidiendo su muerte. San Agustín dice: «Vosotros judíos le matasteis. ¿Cuándo? Le matasteis con la espada de vuestra lengua. Le matasteis con ella de muerte, cuando despiadados clamabais: ¡Crucifícale, crucifícale!»

El pecado más grave fue, sin duda, el de los escribas y fariseos, quienes buscaban directamente la muerte de Jesús y le entregaron por la envidia que contra El habían concebido y por el odio que le profesaban.

– *Pecó Pilato.* Es cierto que reconoce Pilato la inocencia de Jesús y trata de librarle; pero, aun siendo inocente, le azota para calmar de este modo la sed de venganza de los judíos, y estando en su mano el condenar o soltar a Jesús, por no perder su puesto y enemistarse con el César, terminó por entregarlo para que fuese crucificado.

– *Pecamos también todos,* todos los pecadores, pues cuando se acercaron a prender a Jesús en el huerto, después de hacerles caer en tierra, les autorizó para que se levantaran, diciéndoles: *«Esta es vuestra hora y el poder de*

las tinieblas» (Lc.22,53), y poco antes a sus discípulos: *«El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores»* (Mt.26,54). Todos, pues, cuantos hemos pecado somos culpables de su pasión.

La responsabilidad por la muerte de Jesús no pesa sobre un pueblo determinado, sino sobre toda la humanidad. Y así lo dice San Pablo: *«El mundo todo se tenga por reo delante de Dios»* (Rom.3,19).

A este propósito dice Fulton Sheen: «La culpa por la crucifixión no puede achacarse a una sola nación, raza, pueblo o individuo. El pecado fue la causa de la crucifixión, y toda la humanidad estaba inficionada por el pecado de una manera hereditaria». Todos, pues, hemos tomado parte en la pasión de Jesucristo, porque todos hemos pecado.

El profeta Isaías dice: *«Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo, causa de nuestra paz, cayó sobre El, y a través de sus llagas hemos sido curados»* (Is.53,5).

Bien podemos decir todos, mirando a Jesús crucificado, el dicho de un poeta francés. «Esta es mi obra: Mis malos pensamientos trasladaron esas sienes; mis malas acciones trasladaron sus manos; mis malos pasos esos pies, y mis malos deseos ese corazón».

13º. La pasión también fue obra de Dios

He aquí el gran misterio. El amor de Dios se sobrepuso a nuestras iniquidades y movido por su infinito amor *«entregó a su Hijo Unigénito al mundo para que éste fuese salvo por El»* (Jn.3,16). *«Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo»* (2 Cor.5,19). Y el mismo Jesucristo se entregó a la muerte por obediencia a su Padre celestial y por amor a nosotros: *«Me amó y se entregó a la muerte por mi»* (Gál.2,20).

«En esto hemos conocido el amor de Dios, en que dio su vida por nosotros» (1 Jn.3,16). Por eso San Pablo dirá: *«La caridad de Cristo nos urge... Los que viven no vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos»* (2 Cor.5,14).

San Pablo repite: *«Nos amó y se entregó por nosotros»* (Ef.5,2). Bien podemos decir que la suma de todo el Evangelio es: amor de Dios y amor a los hombres. Todos los demás –Judas, escribas, fariseos, Pilato, el mundo– no son más que instrumentos de que Dios se vale para que se cumpla la libérrima voluntad de su Hijo de entregarse a la muerte para abrir a la humanidad pecadora las puertas del cielo. La pasión fue, pues, obra manifiesta del amor de Dios a los hombres.

14º. Triunfo de Cristo con su muerte y resurrección

A la muerte de Jesús, la tierra quedó cubierta de densas tinieblas; pero para los discípulos del Salvador aquella noche y aquellas tinieblas se convirtieron en luz... El sol se oscureció; negó su luz a los deicidas, y anunció al universo entero la muerte de su Creador. Las tinieblas fueron entonces tan densas y extraordinarias, que Dionisio de Aeropagita exclamó: »O el Dios de la naturaleza padece, o la máquina del mundo se disuelve».

Hubo un terrible y universal terremoto, *«la tierra tembló, las piedras se partieron, y los cuerpos de los santos que estaban muertos resucitaron, y saliendo de los sepulcros, después dela resurrección de El, entraron en la ciudad, y se aparecieron a muchos.*

El centurión y los que con él estaban guardando a Jesús, al ver el terremoto y las cosas que ocurrieron, temieron mucho, y decían: ¡Verdaderamente éste era el Hijo de Dios!» (Mt.27,51-54).

Jesucristo está suspendido entre el cielo y la tierra para reconciliar la tierra con el cielo... *«anulando,* dice San Pablo, *la sentencia o acta de condenación, presentada contra nosotros, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y potesta-*

des (del infierno), *los redujo a cautiverio, triunfando de ellos en la cruz»* (Col.2,14-15).

Cristo crucificado se ofreció a la vista del mundo, del mundo de aquel Viernes Santo y del mundo de todos los siglos. El clavado en la cruz con sus brazos abiertos, está para recibir y estrechar a todos los hombres contra su pecho.

Sepultura y guardia del sepulcro. Así nos lo refiere el Evangelio: *«Al caer de la tarde vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, el cual era también discípulo de Jesús. Este fue a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se le entregara. Tomando el cuerpo José, le envolvió en una sábana limpia, y le puso en su propio sepulcro, que era nuevo y había hecho cavar en la roca; después corrió una piedra grande a la puerta del sepulcro, y se fue»* (Mt.27,57-60).

Al día siguiente que era sábado, se juntaron los pontífices y los fariseos ante Pilato y le dijeron: Señor, recordamos que aquel impostor dijo cuando aún vivía: «Después de tres días resucitaré». Manda, pues, que esté asegurado el sepulcro hasta el tercer día; no se que vengan los discípulos, le roben y digan al pueblo: «Resucitó de entre los muertos»... Ellos fueron, y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra, y poniendo la guardia.

«Pasado el sábado, ya al amanecer del primer día de la semana, fueron María Magdale-

na y la otra María a ver el sepulcro. De repente sobrevino un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo, y llegó y descorrió la piedra y se sentó encima de ella. Era su aspecto como un relámpago, y su vestidura, blanca como la nieve. Los guardas temblaron de miedo ante él, y quedaron como muertos.

El ángel habló a las mujeres y les dijo: Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado; no está aquí porque ha resucitado, según dijo... Ahora id aprisa y decid a sus discípulos: «Ha resucitado de entre los muertos».

Mientras iban ellas, algunos de la guardia fueron a la ciudad, y refirieron a los pontífices todo lo sucedido. Reunidos con los ancianos, acordaron en consejo dar bastante dinero a los soldados, y decirles: Decid: «Sus discípulos fueron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos» (Mt.28,1 ss).

El fracaso de los argumentos contra la Resurrección de Cristo es más que evidente: «¡Oh infeliz astucia» –exclama San Agustín– Cuando estaban dormidos, ¿cómo pudieron ver? Si nada vieron, ¿cómo pueden ser testigos?». El que es la Vida, vino a dárnosla, no podía morir para siempre. Por su propio poder resucitó El, y como dice valientemente San Pablo: *Cristo resucitó, y nosotros resucitaremos.* El triunfo de Cristo es nuestro triunfo.

La resurrección de Cristo es el mayor de los milagros, el dogma fundamental del cristianismo. Si este fuese falso, serían falsos los demás y vana sería nuestra fe; mas es menester confesar que la resurrección de Cristo es un *hecho real e histórico,* porque los Evangelios *son históricos,* íntegros y verídicos.

Cristo murió realmente y luego se mostró vivo. Primeramente lo atestiguó un ángel al decir: *«Resucitó, no está aquí, y resucitó, según lo había predicho»* (Mt.28,6), y sus muchas *apariciones verdaderamente reales e históricas y no imaginativas:* a Pedro, a la Magdalena, a los discípulos de Emaús, a los doce apóstoles y luego a más de quinientas personas, lo prueban... y resucitó corporalmente (Lc.24,39-43).

Notemos que Jesús dijo a los de Emaús: *«¿No era preciso –según lo que vaticinaron los profetas–, que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?»* (Lc.24,26)

Cristo sufrió y murió para redimirnos del pecado... y triunfó del dolor y de la muerte al resucitar para nunca más morir... Nuestro camino es el de Cristo: Sufrir y morir juntamente con El para triunfar resucitados y así gozar eternamente con El. *«Cristo padeció por nosotros, dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas»* (1 Ped.2,21). No nos desanimemos ante el dolor, ya que Cristo vino a redimirnos del pecado por los sufrimientos, y porque *«los*

padecimientos de la vida presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros» (Rom.8,18).

Vivamos con la esperanza del más allá. Cristo resucitó para nunca más morir (Rom.6,9) y nosotros también resucitaremos (1 Cor.15,12-17 ss).

El cristiano muda la vida presente por otra mejor. Con la muerte el hombre justo pasa a la inmortalidad gloriosa.

Laudetur Iesuschristus = Alabado sea Jesucristo

Ejercicio del Viacrucis

Por la señal.
Acto de contricción.

ORACION

Concédeme, Señor, que mientras contemplo Tus dolores, mi voluntad se inflame en deseos de imitarte.

PRIMERA ESTACION

Jesús es condenado a muerte. – Señor, cuando los falsos juicios de los hombres me denigren, recordadme la sentencia injusta que os condenó, *Padre nuestro.*

Acompaña a tu Dios, alma mía, – cual vil asesino llevado ante el Juez –, y al autor de la vida contempla – por ti condenado a muerte cruel.

Dulce Redentor, – para mí era la pena de muerte, – ya lloro mis culpas y os pido perdón.

Madre afligida,
de pena hondo mar,
logradnos la gracia
de nunca pecar.

SEGUNDA ESTACION

Jesús toma la cruz. – La Cruz que yo soporto ¡Jesús mío!, mis pecados la merecen; la tuya es inmerecida.

Con la cruz de tus culpas cargado, – exhausto de fuerzas, camina tu Dios; – y a subir la pendiente le impelen – por fuera sayones, por dentro tu amor.

Dulce Redentor, – mi pecado esos hombros oprime, – ya lloro mis culpas y os pido perdón.

Madre afligida, etc.

TERCERA ESTACION

Jesús cae por primera vez. – ¡Jesús mío!, Tu primera caída me recuerda mi primera ofensa a Tu corazón. Perdóname.

Con sus alas de nieve los ángeles, – pasmados de espanto, cubrieron su faz, – bajo el tosco y pesado madero, – en tierra caído sus Dios al mirar.

Dulce Redentor, – por mis yerros caísteis en tierra, – ya lloro mis culpas y os pido perdón.

Madre afligida, etc.

CUARTA ESTACION

Jesús encuentra a su Santísima Madre. – Señor, en el camino de mis penas encuentre yo el consuelo de los ojos de la Virgen.

Del Calvario subiendo a la cumbre, – el reo divino a su Madre encontró, – y una espada de filos agudos, – del Hijo y la Madre hirió el corazón.

Dulce Redentor, – yo esa herida causé a vuestra Madre, – ya lloro mis culpas y os pido perdón.

Madre afligida, etc.

QUINTA ESTACION

Le ayuda el Cirineo. – Los agobios de mis hermanos, los hombres, me inciten por tu amor a ayudarlos. ¡Dios mío!

Porque al monte con vida llegase, – los duros escribas con saña infernal, – a Simón Cirineo alquilaron, – que a Cristo ayudase la Cruz a llevar.

Dulce Redentor, – yo también quiero ser Cirineo, – ya lloro culpas y os pido perdón.

Madre afligida, etc.

SEXTA ESTACION

La Verónica enjuga el rostro del Señor. – ¡Jesús mío!, el respeto humano jamás me impida llegarme a consolarte en el Sacramento del amor.

Con ternura y piedad la Verónica – el rostro sangriento de Cristo enjugó, – y entre pliegues del lienzo por premio, – grabada la imagen llevó del Señor.

Dulce Redentor, – en mi pecho grabad vuestra imagen, – ya lloro mis culpas y os pido perdón.

Madre afligida, etc.

SEPTIMA ESTACION

Jesús cae por segunda vez. – Señor, haced que mis propósitos de no pecar sean siempre eficaces.

Otra vez el Señor de los cielos – volvió fatigado el polvo a besar, – y otra vez los esbirros crueles – en él desfogaron su ira y crueldad.

Dulce Redentor, – nunca más caeré ya en

pecado, – ya lloro mis culpas y os pido perdón.

Madre afligida, etc.

OCTAVA ESTACION

Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén. – Siempre que te siga, ¡Jesús mío!, sienta los amores de Tu corazón adorable.

Vio Jesús que unas cuantas mujeres, – movidas a lástima lloraban por él, – y les dijo: llorad por vosotras, – piadosas mujeres, por mí no lloréis.

Dulce Redentor, – vuestras penas taladran mi pecho, – ya lloro mis culpas y os pido perdón.

Madre afligida, etc.

NOVENA ESTACION

Jesús cae por tercera vez. – Amoroso Jesús, no permitas que vuelva a pecar.

Con sus duras caídas, cristiano, – las tuyas pretende Jesús resarcir, – a tu Dios por tercera vez mira, – de polvo y de sangre cubierto por ti.

Dulce Redentor, – vuestro amor del infier-

no me libre, – ya lloro mis culpas y os pido perdón.

Madre afligida, etc.

DECIMA ESTACION

Jesús es despojado de sus vestiduras. – Cuantos afectos guarde mi corazón que no sean conformes a Tu voluntad, destrúyelos, ¡Jesús mío!

Con furor los vestido quitaron, – del monte en la cumbre al paciente Jesús, – y por no iluminar tanta afrenta, – las puras estrellas negaron su luz.

Dulce Redentor, – ya no más liviandad ni impureza, – ya lloro mis culpas y os pido perdón.

Madre afligida, etc.

UNDECIMA ESTACION

Jesús crucificado. – Cumpla siempre mi deber, por poderoso que sea, ¡Dios mío!

Ya, alma mía en la cruz, duro hecho, – sus miembros sagrados extiende tu Bien, – y con clavos agudos taladran – los viles soldados sus manos y pies.

Dulce Redentor, – yo esos clavos clavé en

vuestros miembros, – ya lloro mis culpas y os pido perdón.

Madre afligida, etc.

DUODECIMA ESTACION

Jesús muere en la Cruz. – ¡Jesús mío!, mi última mirada en la tierra sea para Tu adorable persona.

Tiembla el orbe y el sol se oscurece – al ver en un palo expirar a su Dios; – rompe en llanto también tú, alma mía, – pensando que muere Jesús por tu amor.

Dulce Redentor, – mis pecados os dieron la muerte, – ya lloro mis culpas y os pido perdón.

Madre afligida, etc.

DECIMA TERCERA ESTACION

Jesús es bajado de la Cruz. – El refrigerio de lo doloroso de mi deber sean los brazos de la Madre de mi Dios.

De Jesús el cadáver sagrado – María en sus brazos llorando tomó, – y con voz de dolor le decía: – ¿quién muerte te ha dado, mi Bien y mi Amor?

Dulce Redentor, – respondedle que aquí

está el culpable – ya lloro mis culpas y os pido perdón.

Madre afligida, etc.

DECIMA CUARTA ESTACION

Jesús es sepultado. – Dígnate, Señor, escoger la dureza de mi corazón para descanso del Tuyo.

En un frío y profundo sepulcro, – los restos mortales guardáronse ya. – Triste Madre, cuán sola te quedas, – seré yo el consuelo de tu soledad.

Dulce Redentor, – yo a la Madre privé de su Hijo, – ya lloro mis culpas y os pido perdón.

ORACION.– ¡Oh Dios mío! Mis obras, mis pasos y mis afectos, estén siempre confortados por la Sangre de tus manos, pies y costado divino. Amén. (Un Padre nuestro por la intención del R. Pontífice).

INDICE

Prólogo 3
1.º Jesús sufre como Dios 7
2.º Judas vende a su divino Maestro ... 9
Era de noche 12
3.º Jesucristo en el huerto de los olivos . 14
Causas de este dolor y tristeza de Jesús 16
La oración de Jesús en el huerto ... 17
El traidor Judas se acerca 20
4.º Sufrimiento de Jesucristo ante Anás y Caifás 23
5.º Pedro niega a Jesucristo 27
6.º Jesucristo es llevado ante Pilato 31
Jesús ante el tribunal de Pilato 33
7.º Jesucristo ante Herodes y vuelta a Pilato 36
Pilato se lava las manos 39
8.º Judas devuelve los 30 dineros y se ahorca 40
9.º La flagelación..., la coronación..., Ecce homo... 43

10.º Cargado con la cruz... Calvario... crucifixión 48
11.º Las siete palabras 51
12.º Los responsables de la muerte de Jesús 58
13.º La pasión también fue obra de Dios 61
14.º Triunfo de Cristo con su muerte y resurrección 62
Ejercicio del Viacrucis 67